



Una tesis insólita:

la pequeña burguesía vanguardia de la revolución

por Luis MERCIER VEGA

DESDE HACE MEDIO SIGLO, el término "pequeño burgués" había adquirido en toda la izquierda política y más aún en los sectores revolucionarios un carácter peyorativo, incluso insultante. Resulta, pues, extraordinario comprobar que actualmente surge una tesis que otorga a la pequeña burguesía las virtudes de una vanguardia revolucionaria.

Ha acabado por reconocerse la constante contradicción existente entre el vocabulario europeo empleado por los militantes nacionalistas del Tercer Mundo y su pertenencia social. Cada día resultaba más difícil continuar hablando de clase obrera -y de su función dirigente- en países en los que no existe industria, así como de movimiento campesino -y de sus virtudes de vanguardia- en regiones donde la base de la economía está constituida por la cría de ganado y la simple recolección.

Los animadores de los partidos, de los grupos y de las fracciones revolucionarias son en su gran mayoría intelectuales sensibles a la miseria de las poblaciones y a la desigualdad social, aunque las más de las veces sin experiencia personal sobre las penalidades de los hombres, conscientes sobre todo del papel que podrían desempeñar en una sociedad nueva desembarazada de los antiguos juegos de privilegios y de dependencias. Son, en efecto, partidarios de una total transformación social, por estar convencidos de la necesidad de eliminar las estructuras impuestas por las potencias coloniales y los sistemas imperialistas. Sin embargo su situación primera, los diversos factores de cambio y su concepción de la nueva nación no corresponden en modo alguno a las doctrinas y a las fraseologías surgidas en las sociedades industriales europeas a finales del siglo XIX. No obstante las fórmulas de alianza y de unión pronunciadas en reuniones cuyo único común denominador es la política de bloques, no existe parentesco alguno entre las numerosas corrientes progresistas, como no sea una vaguísima concepción del futuro "socialismo".

El primero que ha planteado en términos claros la necesidad de definir la naturaleza de clase de la vanguardia revolucionaria en los países coloniales es Amílcar Cabral, animador de los movimientos de liberación nacional en Guinea y Cabo Verde. Su exposición en la Conferencia Tricontinental, celebrada en La Habana a comienzos de enero último, ofrece un carácter original. Después de haber establecido que la historia no puede ser completamente explicada por la lucha de clases y que las fuerzas productivas son el factor motor -concepción que se adapta difícilmente a los esquemas del marxismo vulgarizado-, Cabral desarrolló la idea que la sucesión a través del tiempo de las fases del desarrollo social -de la sociedad comunitaria primi-

mitiva a las sociedades agrarias feudales y a los sistemas industriales burgueses, luego a las formas socialistas y comunistas- no es ni automática ni indispensable. A su parecer resulta posible franquear las etapas rápidamente, puesto que el progreso depende del desarrollo de las fuerzas productivas, condicionado a su vez por la naturaleza del poder político, por la clase de Estado, por el carácter de la clase dominante.

Esta teoría, en gran parte "voluntarista", halla su aplicación en los países subdesarrollados, en los que "el único sector social capaz de comprender la realidad de la dominación imperialista y de dirigir el aparato de Estado heredado de esa denominación, es la pequeña burguesía del país". (Las citas, así como el resumen de la argumentación, corresponden al texto publicado por la revista francesa Partisans, en su número especial dedicado a América Latina.)

Al dirigente guineano no se le escapa el carácter ambiguo de la pequeña burguesía, por lo que considera que a ésta se le ofrecen dos caminos: enriquecerse, transformarse en seudoburguesía nacional y adaptarse al neocolonialismo o bien reforzar su conciencia revolucionaria, "suicidarse" como clase para mejor identificarse con las aspiraciones más profundas de su pueblo.

Basta con traducir esta construcción teórica en términos políticos para advertir que lo que en realidad se formula son las condiciones de hecho de la lucha anticolonialista. Son los hombres que benefician "de un nivel de vida superior al de las masas", que tienen "más ocasiones de verse humillados" a causa de la mayor frecuencia de sus relaciones con los agentes del imperialismo y poseen "un grado de cultura más elevado" que la mayoría de la población, los que forman el grupo social capaz de aspirar, de conquistar, de asumir la dirección del Estado que reemplazará al sistema colonialista.

La tesis es nueva, al menos en los medios de la izquierda progresista que se reclaman del marxismo o que se acomodan a él. Lo que resulta sorprendente es que con gran prudencia, en forma menos precisa y con toda la retahíla de citas de Lenin obligada en esta clase de publicaciones, una hipótesis pareja sea lanzada en Problemas de la Paz y del Socialismo (enero de 1966, año IX, n° 1), órgano controlado por los comunistas fieles a Moscú y publicado en Bogotá. En esta revista nos encontramos con un estudio firmado por el periodista jordánés Anwar Ramsi y el economista soviético Alexei Levkovski y que se titula "Las masas pequeñoburguesas y los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo".

Dos citas serán suficientes para que se comprenda el tono y el espíritu de este texto: "La promoción de otra clase a la vanguardia de la nación en una serie de países del Tercer Mundo se ha producido, en primer lugar, allí donde la burguesía nacional y sus organizaciones políticas eran realmente débiles, o donde su gestión de gobierno llevó a tal agudización de las contradicciones sociales que culminó en la pérdida de su dirección política. Con frecuencia pasa a situarse a la cabeza la pequeña burguesía, representada por sus diversos destacamentos." Y luego: "El ambiente social de clase propicio para la adopción de las ideas del socialismo científico se ha ampliado y ha rebasado el marco de la clase obrera. No sólo ha surgido la posibilidad de fusionar el socialismo científico con los movimientos revolucionarios de la pequeña burguesía, sino que en algunos países cada vez aparecen más síntomas que en cierta medida esta fusión se está realizando en la práctica."

Los "doctrinarios" soviéticos multiplican empero las precauciones: "La desigualdad de estos fenómenos es colosal" y "los movimientos revolucionarios de las masas pequeñoburguesas necesitan cada vez más dominar la ciencia social más avanzada, el socialismo científico y aplicarlo con espíritu creador". Lo que hablando en plata significa que no puede existir "ciencia socialista" fuera de las consignas de los partidos comunistas sometidos a Moscú y que el comportamiento de las organizaciones pequeñoburguesas será juzgado según un criterio de política internacional.

De todas maneras henos, pues, lejos de la seguridad mental y de las verdades absolutas que caracterizaban la época stalinista. Por su parte, los observadores deberán revisar las fórmulas simplistas que tienden a asimilar todos los movimientos nacionalistas a un modelo único y a unirlos a un único centro de operaciones.